

CAPÍTULO 4

Volver a casa

Era una noche muy oscura. Después de veinte años en España, Rafael Montero estaba otra vez en California. Montero bajó del barco y fue hacia la prisión de Talamantes. Era un lugar oscuro, sucio y triste. El techo era muy bajo y había agua negra en el suelo. El militar de la prisión los miró con sorpresa.

—¡Señor Montero! ¡Otra vez en California! ¿Puedo ayudarlo? —dijo.

—Busco a un hombre. Está en esta prisión desde hace veinte años. Era un hombre famoso —dijo Montero.

—Usted quiere decir... ¿el Zorro? —preguntó el militar.

—Sí —respondió Montero—. Busco al Zorro.

El militar puso a los hombres de la prisión uno junto al otro. Montero los miró. Estaban sucios. Muchos estaban enfermos.

—¿Es alguno de vosotros el Zorro? —preguntó el militar.

—¡Yo soy el Zorro! —gritó un hombre—. Me sacaron la espada y la máscara...

Montero lo miró. El hombre era viejo y no muy fuerte.

—¡No, yo soy el Zorro! —gritó otro hombre—. ¡Yo soy el original!

—¡Yo soy el Zorro! —gritó otro.

Diego de la Vega era uno de esos hombres, pero Montero no lo vio. Pensó que, seguramente, el Zorro estaba muerto y volvió al barco.

Los militares golpearon a los hombres y los pusieron otra vez en la prisión. Diego esperó en el suelo, sin moverse. Los militares pensaron que estaba muerto. Sacaron el cuerpo y lo dejaron en el suelo, fuera de la prisión.

Diego era, de nuevo, un hombre libre.

Al día siguiente, los señores españoles esperaban a Montero en la playa para celebrar una fiesta. Había flores y banderas de colores. También había mucha gente del pueblo. Diego de la Vega estaba entre la gente.



Montero saludó a los señores con alegría.

—Don Rafael, bienvenido —dijo Luis Ortiz.

—Gracias, don Luis. Don Pedro, don Héctor, don Julio

—saludó Montero a los señores. Después, miró a la gente del pueblo.

—Yo sé que no estáis felices —dijo—. Estáis aquí porque los señores os han pagado. Lo entiendo. Los señores y los militares os mienten. Nadie ayuda al pueblo mexicano.

—Sí, el Zorro —gritó un hombre—. El Zorro luchó por el pueblo.

—¡Zorro! ¡Zorro! ¡Zorro! ¡Zorro! —gritó la gente feliz.

—¿Dónde está el Zorro desde hace veinte años?

—preguntó Montero—. El pueblo de California debe ser libre. ¡Voy a luchar con vosotros por una California independiente!

La gente celebró las palabras de Montero. Les gustaba



la idea de ser independientes.

De repente, Elena llegó a la playa. ¡Padre! —gritó, y saludó a Montero. Era una mujer muy hermosa. Tenía los ojos negros y una cara muy dulce. Su pelo era negro y largo, y su ropa era elegante.

—Caballeros, quiero presentaros a mi hija Elena —dijo Montero.

Diego vio a esa mujer hermosa y supo que era su hija. Tenía ganas de llorar y de reír al mismo tiempo por estar tan cerca de ella. «Elena se parece mucho a Esperanza» —pensó.

Pero no dijo nada.

Una niña le dio unas flores a Elena.

—¡Gracias! —dijo Elena—. Mmm..... este olor... es familiar... —dijo Elena.

—No es posible, señorita —dijo un hombre—. Estas flores solo viven en California. Y esta es su primera visita aquí, ¿no?

—Sí. Qué raro —dijo Elena.

Montero y Elena caminaron hacia el pueblo. Diego, todavía entre la gente, los vio irse con los ojos tristes.